

# “Volver”

Don Oscar Rene se incorporó de la siesta en aquella cama alta que había abandonado hacía cincuenta y dos años atrás. Había decidido volver a esa casa tan antigua, en aquel barrio tan viejo pero vital y acogedor. Sus ansias, su emoción, no se comparaban con lo que sabía que le esperaba. Casi fiándose de que su salud dependía de su emotiva alegría, olvidó la medicación diaria, que no había siquiera sacado de su valija.

Decidido, salió a recorrer calle Defensa, pisando los adoquines como si caminara sobre el agua. No tenía apuro, quería disfrutar de la previa a la vuelta a su juventud, a *ese tiempo pasado que fue mejor*. Ya se imaginaba cómo su cuerpo se revitalizaría, gracias a la anhelada noche de ese fin de semana tan particular. Al llegar a la *plaza seca*, se sentaría a esperar en alguna mesita del Bar San Pedro que esa noche única cobrara vida y, entre vinos, milongas y remembranzas, perdonara su ausencia por las últimas cinco décadas.

Mientras tanto, observaba la exposición de antigüedades interminable y, en dos pasos, se cruzaba de vereda hacia una pequeña tienda que le hizo recordar el andar por debajo de aquellos techos de chapa del viejo pero persistente mercado. Ya podía sentir en el aire el aroma a tango apasionado que alguna vez bailó.

Y entre tanto percibir y recordar, el corazón de don Oscar Rene se detuvo al sentir que se reencontraba con su juventud; que volvía a sentir la fuerza de que fue dueño hasta cierto tiempo; que escuchaba las voces de Doña Rita, Carlitos y Manuel... La mirada de Don Rene se desvanecía en el suelo de Plaza Dorrego y, ni la noche - que ya había llegado- pudo impedir que el grito desesperado de una turista se convirtiera en los acordes del tango “Volver”, el preferido de Don Oscar Rene.

# Juventud en la Feria

Dado que Oscar Rene había vuelto a su juventud y que, por lo tanto, ya no era “Don”, sino sólo Oscar Rene, podía viajar con toda su vitalidad donde quiso regresar alguna vez, pero resignó la oportunidad. Intentaba recordar cómo había sido su visión sobre la única vez que asistió a la Feria del Libro, en la Rural.

Había asistido a la edición n° 78, y recordaba claramente el lema “Al Martín Fierro”. Esa ocasión quedó patentada en su memoria, fue incomparable y única. Oscar Rene quería conocer nuevamente aquella experiencia tan distinta.

Casi arribando al predio de la Rural, algunos fragmentos de lecturas a contratiempo que había leído hacía tantos años en ese lugar, provocaron una efervescencia en su espíritu. Sin embargo, esta sensación no comparó con lo que sintió al entrar, efectivamente, en la *Ciudad de los Libros*. Se encontró con que Joaquín Lavado estaba dando el discurso de inauguración de la 40° Edición, como sólo él sabía hacerlo. Luego, se topó con Paul Auster y John Maxwell en plena charla de amigos, justo cuando tocaban el tema de “los viajes”. El diálogo lo atrapó de tal manera, que se quedó allí por media hora, aunque el tiempo ya no pasaba para Oscar Rene.

Quiso, también, conocer sobre la Segunda Ciudad Invitada de Honor, San Pablo. Siempre tan entusiasta y perseverante, Oscar se acercó a conocer sobre la cultura brasilera. Dejó para el final la visita particular a cada uno de los stands que se exponían; cada uno le impactaba e interesaba más que otro, tal como un alma joven que quiere conocer y descubrir todo al mismo tiempo.

Se hizo el horario de cierre, y Oscar permanecía maravillándose. Como podía decidir si vivir en el pasado o en el presente, optó por volver a su antigua casa en San Telmo, y regresar a la Feria del Libro al día siguiente, para terminar de asombrarse con esa Ciudad de los libros.

El color rojo del frente de un edificio tan antiguo como moderno, nunca había dejado de llamar con la mirada a Oscar Rene, cada vez que pasaba por la vereda de enfrente. Había entrado varias veces, y Oscar Rene había quedado satisfecho pero, al parecer, el Museo Nacional De Bellas Artes aún tenía algún secreto que contarle.

Sintiéndose un poco reiterativo, pero sin importarle demasiado, Oscar Rene ascendió por los escasos escalones e ingresó al edificio que tan impaciente lo tenía. Quiso tomar un rumbo diferente, comenzar de atrás hacia adelante, cosa que ya había hecho alguna vez.

“La mujer del tapado grueso” le pidió que le quitara ese tapado que tanto la asfixiaba, pero Rene la ignoró. “El mudo” quiso relatarle sus historias de tortura, pero él le dio vuelta la cara. “Juanito Laguna” quiso invitarlo a jugar en su feliz miseria, pero Rene se abstuvo. No es que no le doliera el no detenerse a admirar cada obra maestra, iba más allá de eso: una presión invadía su cuerpo, una presión de encontrar algo que lo estaba esperando desde hacía tiempo, como un compromiso no cumplido. Las nuevas obras se resentían al ver que Oscar Rene no les prestaba atención.

Cuando ya empezaba a sentirse desilusionado, su caminar inconsciente se detuvo. Respiró, y repentinamente, los alaridos de unos animales despertaron su curiosidad. Giró su cabeza y allá, en el fondo, la encontró. Plasmó su mirada en esa llamativa belleza. Caminó lentamente por el suelo perfecto de madera y se la topó de frente. Todo lo comprendía ahora. “La intimidad de un tímido” lo impactó con su variedad y lo dejó pensando en cuántas veces solo captamos lo superficial.

Casi no pudo despegarse de ella, pero Oscar Rene decidió, entonces, ir a jugar con Juanito Laguna; preguntarle a la dama del tapado grueso porqué siempre se lo volvía a poner; y escuchar el dolor penetrante que el mudo le quería expresar.

## **Pintura de compromiso**

Apenas recuerdo las palabras del folleto de propaganda que me trajeron aquí. Nunca he sido una conocedora del arte, sin embargo es la curiosidad lo que me lleva a estar ahora aquí. Las puertas del primer gran museo de arte se abren y la multitud se moviliza ágilmente en su interior, expectante.

Se extiende ante mí una galería con las obras más variopintas y hermosas que alguien como yo puede llegar a apreciar. El alma de nuestros artistas plasmada en lienzos bañados de sentimientos.

Pasan las horas y mis ojos van y vuelven una y otra vez sobre las paredes chorreadas de talento. Las obras son excelentes, sin embargo, mis ojos vuelven solo a una reiteradas veces. Es, definitivamente, mi favorita.

Los días pasan y no hay hora en que no piense en esa pintura. Pero no es hasta el siguiente fin de semana que decido satisfacer mi necesidad de belleza y me interno nuevamente entre esas almas eternas, acariciadas por cerdas coloreadas creando un mundo de ilusión.

El cuadro, en efecto, sigue con todo el porte y la hermosura de quien luce una valiosa joya. Es, sin lugar a dudas, una joya que me fascinaría tener.

Es en uno de estos encuentros artísticos con mi joya personal que lo conozco. Ocurre así, un día cualquiera de una semana como cualquier otra. Llega sorpresivamente y sin avisar, como todas las cosas importantes. Al principio el contacto es mínimo, por no decir nulo, apenas una inclinación de cabeza antes de que cada uno se sumerja en la ilusión de la hermosa pintura. Luego vienen los saludos, los pequeños "holas" que, aunque cortos, si ya no aparecieran, dejarían un vacío. Con el tiempo llegan las frases, y las oraciones que empiezan a formar charlas que dejan un reguero desde la pintura hasta el café cercano, ese, el de la esquina. No es sino hasta un año después que finalmente decidimos llegar al gran paso final.

La pintura, hermosa y eterna, descansa sobre un atril junto al espejo, en el que mi reflejo me devuelve una radiante sonrisa de ilusión. No hubo anillo alguno, la pintura fue regalo suficiente. Mi vestido, radiante, con su cola de perlas y sus volados de encaje me acompaña a la iglesia. Mi otro sueño dejado en el tiempo.

Pero no es hasta unos minutos después que me entero que ese sueño quedará así, intacto y quieto, y que mi vestido, fiel compañero, me acompañará para siempre, en las ruinas de un viejo cementerio.

## Sueños blancos

La ciudad brilla bajo la luna eterna. Voces se oyen y pasos resuenan en esquinas apresuradas por un semáforo en rojo. Ruidos desgarran el aire, destejiendo su quieto manto. Ruidos de almas, humanidad. De vida.

Nadie lo nota, pero justo en este momento, sale. La decepción en su rostro es palpable. La curvatura de sus hombros. Otra alma aplastada bajo el peso de la gran ciudad. Siempre me pregunto de donde viene, pero no me animo a hablarle. No podría por mucho que quisiera. Tengo la certeza de que no se fijaría en mí.

Pasan las horas y sigue sentado en la calzada, rostro oculto entre sus manos. Otro trabajo perdido. Son estas veces, cuando lo veo en situaciones así, cuando me pregunto porque sigue intentándolo, es más que claro que ella no lo quiere de la misma forma. Me pregunto porque vuelve. ¿Tanto lo vale? Al menos él lo ve así, seguro. Ha de ser muy hermosa. Me gustaría poder verla, pero salir de día no es una opción. No para los que son como yo al menos.

Pasan las horas. Cinco, para ser exactos. La luna está tan alta en el cielo que mi vestido brilla en la abundante oscuridad. El sueño de toda novia. La puerta se abre y finalmente deja de dormitar en la vereda. La esperanza brilla como perlas en sus oscuras pupilas. La luz recorta una sombra femenina contra el asfalto. Es así cada día, una historia de amor deshilachada en los bordes, zurcida con la esperanza de recuperar un bordado que hace tiempo se cortó. Pero aun así lo siguen intentando.

Entra. Ya lo sabía. Pasa a través de esa puerta atravesada mil veces por sueños rotos y esperanzas vanas. Sabe que mañana estará otra vez en la vereda, maleta en mano. O quizás al día siguiente. En una semana. Cuando sea. Pero allí estará. Para luego entrar otra vez, como un perro herido.

Mi cuerpo se levanta cuando su silueta es tragada por esa rendija de madera. Ya sabe lo que tiene que hacer por sí solo. Camino lentamente junto a la larga pared blanca, pura, triste, estampada con esperanzas muertas.

Paso a paso me acerco nuevamente a mi lugar. Volveré mañana, a verlo. Pero por ahora debo regresar a mi sitio. Donde pertenezco.

Prisionera eterna de mi destino.

Con el terror que eso implica.

Por siempre novia sin altar.

Por siempre de blanco.

Por siempre, la dama de blanco.

## **Apariciones**

El lugar está más ruidoso de lo normal. Raro. En este momento del día no suelen visitarnos muy a menudo. La curiosidad me lleva a dirigirme a la fuente del sonido. Ésta se esparce entre las lápidas, monumentos de inmortalidad, frías.

Mi sorpresa es grande cuando diviso una multitud de jóvenes, algunos sonrientes, otros temerosos, como si alguno de nosotros le fuéramos a saltar encima de un momento a otro. Impulsada por la curiosidad me dirijo hacia el pequeño gentío, no muy cerca, no quiero que me vean.

Los sigo y escucho en silencio, su visita es producto de un viaje de estudio, distingo su nombre mucho después. Feria del Libro. Oh, cuantos recuerdos. Esas horas eternas junto a mi ventana, el paisaje extendido frente a mí, y yo, leyendo, incontables historias de valientes caballeros de armaduras brillante e inofensivas doncellas en torres de cristal. Me alegra saber que eso no se ha perdido, que a pesar de estar hundidos en tecnología y ambición, los libros siguen siendo importantes, siempre alimento del alma.

Sin darme cuenta continuo siguiendo al grupo, hasta que un grito me saca de mi ensoñación. Me he dejado ver, sin darme cuenta. La joven, de cabello castaño y tez pálida se ha quedado estática ante mi incorpórea presencia. No la culpo, yo también me asustaría de verme en este estado antinatural.

Rápidamente desaparezco frente a ella y la pequeña multitud que se han quedado observándome con horror.

Ya no me acerco al grupo nuevamente, ni a los que vienen a partir de ese año.

Me entretengo viéndolos de lejos, observando en silencio a tantos.

Porque así nadie podrá ver, a la dama de blanco.

***Carla C. - 6° CAD***